

## CAPITULO X.

1537—1539

Segunda expedición de Montejo á la península.—Desembarca en Champoton.—Combates con los naturales.—Fundación de la villa de San Pedro.—Peligros á que se vé expuesta la colonia.—Sus pobladores intentan abandonarla.—Impídelo el sobrino del Adelantado.—Refuerzos que llegan al campamento.

Luchaba entretanto Montejo con graves dificultades en Tabasco. Los naturales de la provincia se defendían con tenacidad, y aquella empresa hubiera corrido la misma suerte que la de Yucatan, si un incidente inesperado no hubiese venido á salvarla. En una nave bien provista de municiones de boca y de guerra, aportaron á Santa María de la Vitoria veintidos soldados españoles al mando de un individuo, llamado Diego Contreras. Eran unos aventureros en toda la extensión de la palabra, porque vagaban sin destino fijo en busca de la diosa Fortuna, que parecía haber fijado sus reales en el Nuevo Mundo. El Adelantado los recibió con los brazos abiertos, los invitó á tomar parte en su empresa, y todos accedieron, incluso el jefe que era el propietario de la nave. Con esta ayuda que

fué muy valiosa por los elementos con que se incorporó al ejército, y con algunos socorros que llegaron de la Nueva España, logróse al fin la pacificación de Tabasco, y Francisco de Montejo pudo entonces volver los ojos hácia la península.

La misión del P. Testera debió de haber llamado fuertemente su atención. El virey de México sin respeto alguno á la capitulación de 8 de diciembre de 1526, habia autorizado á aquel religioso para garantizar á los indios que ningun soldado español volveria á entrar en su tierra; y el Adelantado comprendió que sus derechos corrían peligro de caducar, si no se daba prisa para volver á Yucatan. Habia además gastado toda su fortuna en esta empresa, habia hecho de ella el objeto principal de su carrera, y no era ya posible retroceder despues de tantos sacrificios. Empleó los pocos recursos que le quedaban en proporcionarse algunos soldados mas en Nueva España y Chiapas, reparó sus naves, entre las cuales se contaba ya la de Diego Contreras, y á principios de 1537 volvió á surcar las aguas de esta península, que habia sido la tumba de casi todos sus antiguos camaradas (1).

Champoton fué esta vez el punto elegido para desembarcar por las ventajas que proporcionaba su proximidad á Santa María de la Vitoria. Desde esta villa nuevamente poblada de españoles, podían mandarse refuerzos á los de la península y servirles de refugio en el caso nada improbable de una derrota. La experiencia habia enseñado á los conquistadores cuánto estimaban los mayas su autonomía, y ninguna precaución les parecia excesiva. El Adelantado, despues de haber hecho á su hijo algunas reflexiones sobre este particular y comunicá-

(1) Creen algunos que el Adelantado no vino esta vez á la península y que la expedición salió desde Tabasco al mando de su hijo. Pero la opinión mas probable es la que consignamos en el texto. Las probanzas que Cogolludo consultó para extender su historia, no son muy claras en este punto, y dá origen á la confusión, la identidad de nombres entre el padre y el hijo, segun hemos dicho en otra parte. (Cogolludo, libro III, capítulo I).

dóle sus instrucciones, le dejó el mando de las fuerzas y se reembarcó luego para Tabasco, con el objeto de proporcionarse nuevos recursos y enviarlos á sus camaradas.

No dejó de sorprender á los mayas la vuelta de sus enemigos, porque el estado en que dos años ántes habian salido de Champoton, acaso les hizo alimentar la esperanza de que no volverian jamás á pisar su territorio. A este estupor debe atribuirse la paz de que al principio disfrutaron los colonos. Pero luego que los indios adquirieron la certidumbre de que se trataba de una nueva ocupación, reunióse una gran multitud de los cacicazgos vecinos, y cayeron una noche de improviso sobre los invasores, apareciéndose simultáneamente por todas las veredas que guiaban al campamento. Los españoles, á quienes la experiencia habia demostrado que los mayas solo combatian á la luz del dia, estaban entónces bastante desprevenidos y solo se despertaron á los gritos de un centinela, á quien asesinaban los agresores. Armáronse violentamente, salieron de su alojamiento y empeñóse un rudo combate á la vacilante claridad de las estrellas. Los mas animosos se estremecieron de espanto, cuando llegó á sus oidos la gritería salvaje, que partió repentinamente á la vez del Levante, del Septentrion y Mediodía. Pelearon sin embargo con su acostumbrado esfuerzo, y como no era menor el de los acometedores, muy pronto comenzó á enrojecer la arena la sangre de los combatientes. Pero los indios, dominados de un terror supersticioso por el solo hecho de combatir de noche, y creyendo sus pérdidas mayores de las que eran en realidad por las masas que veian caer en las tinieblas al fragor de las armas europeas y por los ayes de los moribundos que poblaban el aire, comenzaron á desbandarse y huir, favorecidos por la oscuridad. Los españoles no se atrevieron á seguirlos en aquel terreno que aun no conocian, y á la mañana siguiente bendijeron á la Providencia al notar el corto número de sus muertos y heridos.

Esta derrota, en vez de desanimar á los indios, no hizo mas que exasperarlos. Persuadidos de que su desgracia habia dimanado de haber combatido en las tinieblas y en corto número, resolvieron hacer una confederacion de todos los mayas para caer con todo su poder sobre el campamento español. Con este objeto los embajadores se cruzaron en distintas direcciones y animaron á los caciques y á los pueblos, diciéndoles que solo se necesitaba aquel último esfuerzo para que los extranjeros abandonasen para siempre la península. No se ocultaban al jóven Montejo los trabajos de sus enemigos, y comprendiendo que de un momento á otro debia ser atacado, habia dictado severas disposiciones para que ninguno de sus soldados se alejase del campamento. Dos desgraciados que se atrevieron á infringirlas, acosados tal vez por el hambre, fueron aprehendidos por los naturales é inmolados despues en el altar de los dioses. Para que este suceso no se repitiese, se organizaron fuertes partidas que de tiempo en tiempo salian á merodear, y con el maíz que éstas recogian y la pesca que se hacia en la playa, los españoles pudieron desafiar por algun tiempo la malevolencia de sus adversarios.

Reunidos al fin los indios en el número que creyeron necesario para asegurar su triunfo, cayeron un dia impetuosamente sobre la nascente colonia. Por las oscuras masas que se veian avanzar en distintas direcciones, por el estruendo infernal que hacian y por las espesas nubes de flechas que hendian el aire, los españoles comprendieron el prodigioso número de enemigos con que iban á luchar. No se amilanaron, sin embargo, y pronto sus balas y sus ballestas se cruzaron con los proyectiles americanos. La muerte comenzó á cebarse en los dos campos, aunque como era de esperarse, haciendo mayores estragos en el de los mayas. Pero los indios, segun la gráfica expresion de Cogolludo, se resignaban á perder mil de sus combatientes

con tal de matar uno solo de aquellos extranjeros, á quienes tanto aborrecian. Pelearon, en fin, con tal denuedo, que á las pocas horas de combate, deseando Montejo conservar el poco número de soldados que le quedaba, dió orden de que se replegasen hácia la playa para refugiarse en sus naves. La retirada se verificó con orden, y muy pronto los españoles quedaron embarcados en sus lanchas.

Los indios, ébrios de alegría con esta victoria, se precipitaron al campamento abandonado, se apoderaron de algunos efectos que los españoles no habian podido recoger con la precipitacion de su fuga, vistiéronse como pudieron los trajes europeos, volvieron á la playa, y enseñando desde léjos á los fugitivos aquellos objetos, se burlaban de ellos, los escarneían, los llamaban cobardes y los desafiaban á renovar la lucha. Los castellanos, no pudiendo tolerar tanta humillacion, vogaron otra vez hácia tierra y de nuevo se empeñó el combate. Grande fué la sorpresa de los mayas al ver regresar á los que creian vencidos. Intentaron resistirles, haciendo llover millares de flechas sobre los bateles. Vano esfuerzo! Los extranjeros desembarcaron bajo aquella lluvia, y sus mortíferas armas se cebaron una vez mas sobre las desnudas masas de sus contrarios. El efecto moral que esta vuelta produjo, fué terrible para los mayas. Los caciques no pudieron contener ya á las indisciplinadas turbas que acaudillaban, y tuvieron necesidad de seguir las en su fuga para no exponerse á la cólera de los vencedores. Los españoles, rendidos de hambre y de fatiga, se guardaron muy bien de seguir á los que huian, y volvieron á ocupar aquel campamento, que pocos momentos ántes habian creido perdido para siempre.

No fué esta victoria el único fruto que recogieron aquel dia los castellanos con su perseverancia. El ejército maya, que hubiera podido rehacerse en pocos dias con los refuerzos que seguian llegando á Champoton, no pudo verificarlo entónces,

porque se lo impidió la corta provision de víveres que habia hecho en su ciega confianza de acabar en una sola batalla con los invasores. La mayor parte de los combatientes, que habia venido de las partes mas remotas de la península, tuvo necesidad de regresar á sus hogares para no morir de hambre despues de su derrota. Los que promovieron la confederacion se vieron abandonados en poco tiempo de todos sus aliados, y no les quedó otro recurso que entablar ciertas relaciones con los extranjeros.

Pero éstas no pasaron nunca de la tolerancia de una ocupacion que no podian evitar. Los españoles eran cruelmente hostilizados cada vez que intentaban penetrar al interior del país, sea para reconocer la tierra, ó para proveerse de víveres. Con este motivo la colonia comenzó á pasar por las mismas peripecias, que habian precedido al abandono de Villa-Real y de Campeche. No habia mas diferencia ahora, que siendo ya Champoton un punto algo conocido de los aventureros que pululaban en el Nuevo Mundo, solia tocar allí alguna nave española, cargada siempre de efectos de Castilla, con que los colonos aliviaban en parte sus privaciones. La embarcacion solia dejar tambien algun nuevo amigo, que venia á ofrecer sus servicios; pero eran muchos mas los que aprovechaban esta oportunidad para abandonar una empresa, que á sus ojos no tenia ningun porvenir. El jóven Montejo procuraba contener á los desertores, asegurándoles que pronto mejorarian de fortuna con los refuerzos que su padre debia mandarles. Pocos le escucharon, y llegó un dia en que el jefe de la colonia solo viese á su lado una veintena de sus antiguos compañeros (2).

Un suceso inesperado vino por aquella época á aumentar el número de los colonos. Un capitán español, llamado Fran-

(2) He aquí el nombre de seis de estos valientes, que Cogolludo ha conservado á la historia: Gómez del Castrillo, Juan de Magaña, Juan de Parajas, Juan López de Recalde, Juan de Contreras y Diego Muñoz.

eisco Gil, fué comisionado por el gobernador de Guatemala para conquistar una region situada en los límites de Tabasco (3). Pero el comisionado bajó hasta Tenosic—ó Tenosique, como se le llama ahora—y fundó una poblacion á las orillas del rio del mismo nombre. Luego que Francisco de Montejo, hijo, tuvo noticia de esta fundacion se dirigió con algunos soldados á Tenosic, y haciendo ver al jefe de la colonia que habia invadido los dominios de su padre, le requirió que la pusiese á sus órdenes. Francisco Gil examinó las pruebas que se le presentaban para fundar este derecho, y pareciéndole incontestables, no solo se puso entónces á las órdenes de Montejo, sino que poco tiempo despues, no pudiendo sostenerse ya en Tenosic, ingresó á Champoton con todos los soldados que le habian acompañado en su empresa.

La llegada de estos nuevos compañeros produjo un cambio importante en el campamento de Montejo. Fundóse allí una ciudad española con el nombre de *Villa de San Pedro*, que era el mismo que Francisco Gil habia dado á la poblacion que acababa de abandonar. Nombráronse los alcaldes y regidores, y aun se dictaron algunas medidas para hacer ménos precaria la situacion de los colonos. Entabláronse relaciones de amistad con algunos caciques de la comarca, los cuales consintieron en proveer de víveres á sus huéspedes, único servicio que por entónces exigieron (4).

No mejoró mucho con esto la situacion de la colonia. Consumíanse sus habitantes de cansancio y de fastidio, y cada nave que arribaba al puerto, trayendo las tentadoras noticias del oro del Perú, se llevaba gran número de desertores. Francisco

(3) Cogolludo, (libro III, capítulo II,) dá á esta region el nombre de *Tequepam Puchulla*.

(4) Así al ménos puede deducirse de los hechos posteriores y de las instrucciones que el Adelantado dió á su hijo, al sustituirle el poder que tenia para conquistar á Yucatan.

de Montejo vió el peligro que corria la nueva poblacion, y deseoso de conjurarlo, pasó á Tabasco á conferenciar con su padre. Dejó el mando de la tropa á su primo, que tambien era ya capitan, y gozaba de muy buena reputacion en el campamento.

Muy pronto comenzó á luchar el jóven capitan con toda clase de dificultades. Los indios, que parecian resignados á la ocupacion desde su última derrota, comenzaron á alterarse luego que supieron la marcha del hijo del Adelantado. Algunos de los amigos que entre ellos se habian hecho los españoles, vinieron al campamento á denunciar á sus compatriotas, citando los nombres de los que instigaban á la guerra. Montejo reunió á las personas mas caracterizadas de la colonia, les reveló el complot que se tramaba contra ellos, manifestó sus temores de que siendo tan corto su número, no pudiesen resistir á una conflagracion general, y acabó por pedirles consejo. Ardua era la situacion para aquel peloton de extranjeros colocados en un país poblado de millares de enemigos; y para salvarla se resolvieron á cometer un atentado, que no era por cierto el mas grave de los que se habian perpetrado en el Nuevo Mundo. Acordaron apoderarse con maña y cautela de los principales caciques y remitirlos á Tabasco para impedir de este modo la propaganda que estaban haciendo.

Ejecutaron fácilmente su designio; pero luego que estuvieron en su poder las víctimas de esta astucia, surgió la gran dificultad de encontrar quien quisiera encargarse de llevarlas al Adelantado. La comision era peligrosa, porque debia esperarse que los indios harian un esfuerzo para arrebatar á los presos en el tránsito. Juan de Contreras, hijo del capitan Diego Contreras, de quien ya hemos hecho mencion, se ofreció á desempeñarla. Francisco de Montejo aceptó su oferta y le acompañó con algunos soldados hasta la frontera de Champoton. Llegados los caciques á la presencia del Adelantado,

este les reprehendió ágricamente su conducta, y les dijo que aunque merecian la pena de muerte (?) por la traicion que habian maquinado, quería perdonarlos generosamente para que se persuadiesen que los españoles solo querian su amistad y su dicha. Pronunciadas estas palabras, les regaló algunas baratijas y los mandó poner en libertad.

No bastaron estas precauciones para contener del todo la insurreccion. Una partida de diez y ochc españoles que al mando del maestre de campo Lorenzo de Godoy marchaba rio arriba, practicando un reconocimiento, se encontró súbitamente con unas ochenta canoas de indios armados, que poblaron el aire con sus flechas. Los castellanos aceptaron el combate á que se les provocaba; pero habiéndose guarecido aquellos tras unas trincheras y aumentándose á cada instante su número, Godoy contramarchó á San Pedro, no sin graves dificultades y pérdidas, á dar cuenta de lo que pasaba. Montejo dejó en la poblacion la gente estrictamente necesaria para cuidar de ella y con toda la demas voló al encuentro de los insurrectos. Trabóse al punto un pequeño combate, que duró muy corto tiempo, porque los indios, que acaso se estaban preparando todavía para emprender un ataque mas formal, se desbandaron llenos de espanto, luego que vieron asaltadas sus primeras fortificaciones.

Desde este dia los extranjeros vivieron en paz con sus vecinos, y no hay duda que la colonia hubiera sido feliz, si no hubiese alimentado en su seno un gérmen de destruccion, peor que la guerra misma. Mucho tiempo hacia que el hijo del Adelantado habia ido á Santa Maria de la Vitoria, y ni él ni los refuerzos, tantas veces prometidos, llegaban á San Pedro. El abatimiento se apoderó de la mayor parte de los colonos y comenzaron á ser mas frecuentes las deserciones. Ya no se esperaba, como ántes, una nave española para consumarlas: la desesperacion habia llegado á tal grado que muchos se escapaban á pié y otros en canoas, prefiriendo morir á manos de los

indios que de inanicion en San Pedro. Habia sin embargo algunos amigos fieles de Montejo, que no solamente no desertaban, sino que hacian todos los esfuerzos posibles para evitar que otros cometiesen este acto de deslealtad. Distinguíase entre estos el valeroso Juan de Contreras, quien luego que sabia que faltaba algun soldado del campamento, salia á buscarle, y no descansaba hasta haber conseguido su objeto. Vuelto el fugitivo al seno de sus camaradas, abochornábase de haberlos querido abandonar en la desgracia, recibia reconvenciones amistosas en vez de castigo, y procuraba hacer olvidar su falta con una conducta posterior, irreprochable.

Llegó sin embargo un dia en que la fidelidad mas acrisolada comenzó á vacilar. Cerca de tres años hacia que los españoles habian desembarcado en Champoton y nada adelantaban en su empresa. Era verdad que sus vecinos no los hostilizaban; pero tambien era cierto que por su corto número ningun paso podian dar en el interior del país. Ninguna noticia se tenia del hijo del Adelantado, que habia prometido socorrerlos en poco tiempo; y hácia fines del año de 1539, la paciencia se agotó en todos los ánimos. Una gran parte de los colonos hizo su equipaje, los alcaldes y regidores renunciaron su encargo, y juntos todos pasaron al alojamiento de Montejo á manifestarle que estaban resueltos á abandonar para siempre esta tierra, que tan ingrata era á las armas españolas. El capitán escuchó con calma á sus soldados y convino con ellos en que estaban perdiendo en Champoton un tiempo precioso que podian aprovechar en mejores empresas. Pero añadió que redundando este abandono en perjuicio de su tío, quien habia sacrificado toda su fortuna en la conquista de Yucatan, era conveniente y justo darle noticia de la resolucion tomada, ántes de ejecutarla. Este razonamiento hizo impresion en los colonos, se designó á Juan de Contreras para pasar á la residencia del Adelantado, y la calma volvió á reinar en San Pedro.

El comisionado se dirigió á Ciudad Real, poblacion española recientemente fundada en Chiapas, de cuya provincia era á la sazón gobernador el Adelantado. Encontró á este ocupado ya en preparar los socorros de que tanto necesitaban sus antiguos compañeros de aventura, y al imponerse de la resolución que habian tomado de abandonar á San Pedro, se apresuró á mandar los pocos soldados que tenia ya reunidos á las órdenes del capitán Alonso Rosado. La llegada de este oficial, cuyo nombre debia hacerse despues tan célebre en la historia de la conquista, reanimó la abatida empresa de los colonos. Díjoles que el viejo Adelantado seguia proporcionándose socorros de gente y dinero en Tabasco y Chiapas, y que su hijo habia pasado á la N. España con el mismo objeto, razón por la cual hacia mucho tiempo que no se tenia noticia de él en Champoton.

Estas noticias no tardaron en ser confirmadas por la realidad mas halagadora. Primeramente se presentó en la colonia Juan de Contreras, que volvia de Chiapas con algunos refuerzos, diciendo que presto le seguirian otros. Arribó en seguida Francisco de Montejo, hijo, trayendo los socorros de que se habia provisto en México, gastando su corto patrimonio. Llegó finalmente el resto de los aprestos hechos por el Adelantado y que consistian en soldados, vestuario y municiones de boca y guerra.

La colonia, llena de alborozo, se preparaba ya á ensanchar con las armas los límites de su dominio, cuando llegó de Chiapas un pliego de Montejo, padre, en que llamaba á su hijo á conferenciar con él ántes de emprender toda operacion. El jóven capitán mandó detener los preparativos que se estaban haciendo, dejó el mando de las tropas á su primo y emprendió el camino de Ciudad Real, prometiendo dar la vuelta á la brevedad posible.

## CAPITULO XI.

1540-1541

El Adelantado sustituye en su hijo los poderes que tenia respecto de Yucatan.—Sale el ejército de Champoton.—Dificultades con que llega á Campeche.—Mision confiada al mas jóven de los Montejos.—Ocupa á T-Hó despues de una marcha penosa.—Batalla de Xpeual.—El general funda la villa de San Francisco y viene á reunirse con su primo.—Embajada de Tutul Xiú.—Efecto que produce en el campamento español.

En la época á que ha llegado nuestra narracion, D. Francisco de Montejo, padre, tenia ya sesenta años. Habia empleado una gran parte de su vida en los campos de batalla y debia sentirse cansado, á pesar de la robusta complexion de que le habia dotado la naturaleza. Además de esto, eran tan grandes los contratiempos que habia experimentado en Yucatan, era tan poco lo que se habia avanzado despues de doce años de lucha, que el Adelantado llegó á dudar de su propia fortuna y á creer que no estaba reservada para él la gloria de plantear en la península el estandarte de la civilizacion. Estas consideracio-